



CUANDO ESCUCHO A LAS VÍCTIMAS

Fragmentos de *La Escombrera* (novela, Penguin Random House, 2021).

PABLO MONTOYA

Escritor y profesor de literatura Universidad de Antioquia

Fotos Henry Agudelo



Cuando escucho a las víctimas de desaparición forzada, cuando leo las fichas de estos destinos truncos, cuando pongo los casetes y los discos donde hablan sus familiares, cuando voy a los museos de la memoria e indago en sus archivos, cuando participo en los plantones y veo sus fotografías, concluyo que en ellos no hubo maldad. Que no fueron guerrilleros, ni milicianos, ni paramilitares, ni narcotraficantes, ni miembros de bandas criminales, ni policías, ni soldados. Y así hayan sido sus amigos, sus allegados, sus amantes, fueron gentes humildes que cayeron en el magma de las confrontaciones. Yo, que he hablado con quienes buscan sus rastros, aseguraría que casi todas esas personas fueron ajenas al crimen. Ahora bien, ¿qué significa ser bueno en regiones roídas por el mal? Me atrevería a decir que bueno es aquel que no levanta la mano para agredir al otro. Pero ¿cómo hacerlo en un país concebido, inflamado, vigilado por los grupos armados? ¿Acaso la mejor solución no sería abstenerse? Decir, con Bartleby, que es preferible no actuar puesto que todo es susceptible de estimular el rencor. Quizás Marcela Cecilia Restrepo no estaría de acuerdo conmigo. Ni varias de las mujeres de La Comuna que buscan a sus familiares desaparecidos. Algunas de



Angela Viviano Ramirez
Desaparecida: 08-2001

Gabrey Carlano M.
Desaparecido: 28-Marzo-2001

Jose Daniel Lopez
Desaparecido

VANESSA
GONZALES QUINTERO

Alejandro Seg.
Desaparecido: 26-2002

DUVER ANDRES
Desaparecido: 23-11-1998

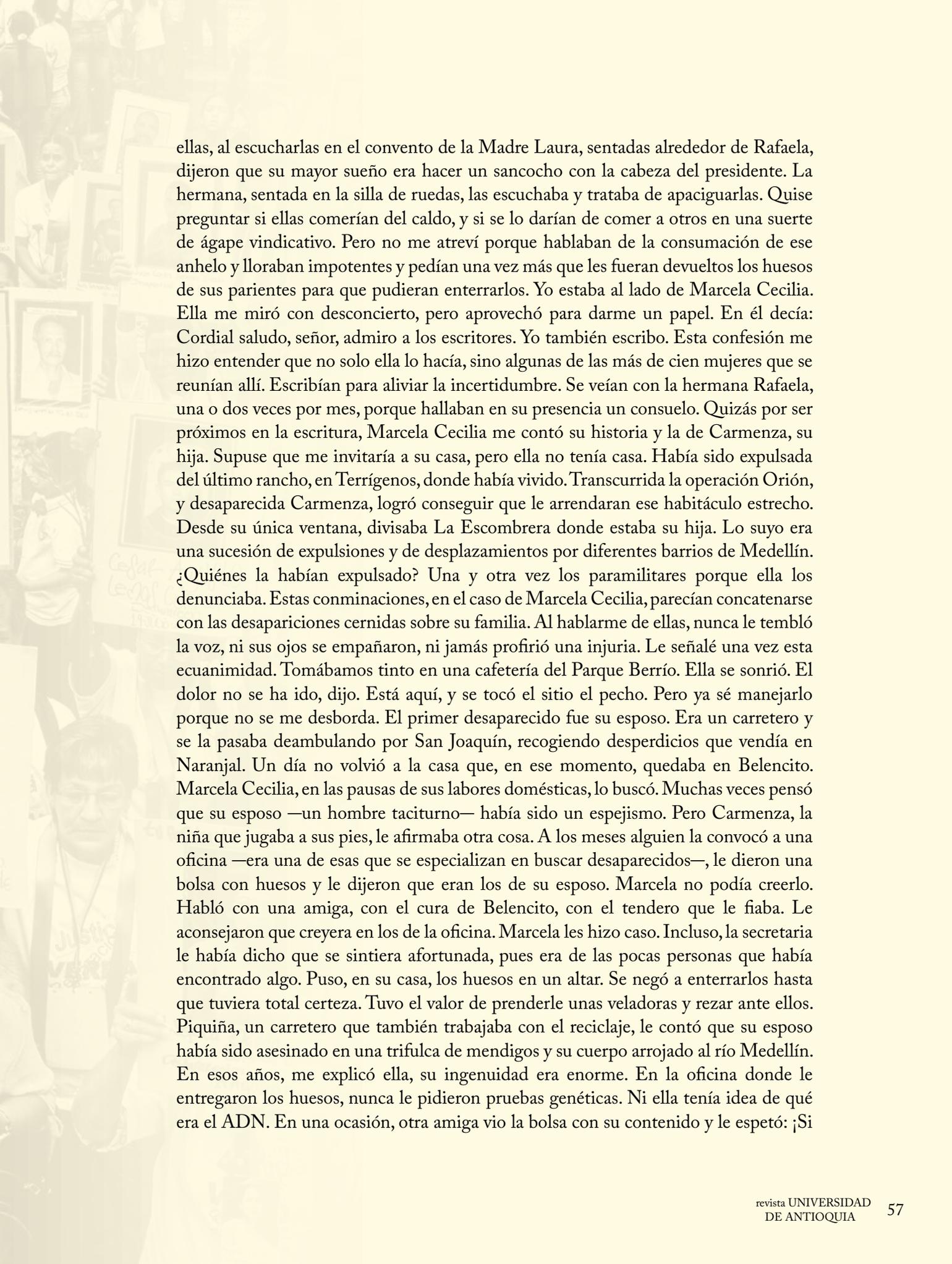
Julio Cesar Rios Sanchez.
Desaparecido: 16-02-2001.

Juan Antonio Mesa
Desaparecido: 25-05-2001

Jose Andres
Desaparecido

ER
ON
IR
MA

ER
ON
IR
MA



ellas, al escucharlas en el convento de la Madre Laura, sentadas alrededor de Rafaela, dijeron que su mayor sueño era hacer un sancocho con la cabeza del presidente. La hermana, sentada en la silla de ruedas, las escuchaba y trataba de apaciguarlas. Quise preguntar si ellas comerían del caldo, y si se lo darían de comer a otros en una suerte de ágape vindicativo. Pero no me atreví porque hablaban de la consumación de ese anhelo y lloraban impotentes y pedían una vez más que les fueran devueltos los huesos de sus parientes para que pudieran enterrarlos. Yo estaba al lado de Marcela Cecilia. Ella me miró con desconcierto, pero aprovechó para darme un papel. En él decía: Cordial saludo, señor, admiro a los escritores. Yo también escribo. Esta confesión me hizo entender que no solo ella lo hacía, sino algunas de las más de cien mujeres que se reunían allí. Escribían para aliviar la incertidumbre. Se veían con la hermana Rafaela, una o dos veces por mes, porque hallaban en su presencia un consuelo. Quizás por ser próximos en la escritura, Marcela Cecilia me contó su historia y la de Carmenza, su hija. Supuse que me invitaría a su casa, pero ella no tenía casa. Había sido expulsada del último rancho, en Terrígenos, donde había vivido. Transcurrida la operación Orión, y desaparecida Carmenza, logró conseguir que le arrendaran ese habitáculo estrecho. Desde su única ventana, divisaba La Escombrera donde estaba su hija. Lo suyo era una sucesión de expulsiones y de desplazamientos por diferentes barrios de Medellín. ¿Quiénes la habían expulsado? Una y otra vez los paramilitares porque ella los denunciaba. Estas conminaciones, en el caso de Marcela Cecilia, parecían concatenarse con las desapariciones cernidas sobre su familia. Al hablarme de ellas, nunca le tembló la voz, ni sus ojos se empañaron, ni jamás profirió una injuria. Le señalé una vez esta ecuanimidad. Tomábamos tinto en una cafetería del Parque Berrío. Ella se sonrió. El dolor no se ha ido, dijo. Está aquí, y se tocó el sitio el pecho. Pero ya sé manejarlo porque no se me desborda. El primer desaparecido fue su esposo. Era un carretero y se la pasaba deambulando por San Joaquín, recogiendo desperdicios que vendía en Naranjal. Un día no volvió a la casa que, en ese momento, quedaba en Belencito. Marcela Cecilia, en las pausas de sus labores domésticas, lo buscó. Muchas veces pensó que su esposo —un hombre taciturno— había sido un espejismo. Pero Carmenza, la niña que jugaba a sus pies, le afirmaba otra cosa. A los meses alguien la convocó a una oficina —era una de esas que se especializan en buscar desaparecidos—, le dieron una bolsa con huesos y le dijeron que eran los de su esposo. Marcela no podía creerlo. Habló con una amiga, con el cura de Belencito, con el tendero que le fiaba. Le aconsejaron que creyera en los de la oficina. Marcela les hizo caso. Incluso, la secretaria le había dicho que se sintiera afortunada, pues era de las pocas personas que había encontrado algo. Puso, en su casa, los huesos en un altar. Se negó a enterrarlos hasta que tuviera total certeza. Tuvo el valor de prenderle unas veladoras y rezar ante ellos. Piquiña, un carretero que también trabajaba con el reciclaje, le contó que su esposo había sido asesinado en una trifulca de mendigos y su cuerpo arrojado al río Medellín. En esos años, me explicó ella, su ingenuidad era enorme. En la oficina donde le entregaron los huesos, nunca le pidieron pruebas genéticas. Ni ella tenía idea de qué era el ADN. En una ocasión, otra amiga vio la bolsa con su contenido y le espetó: ¡Si

esos huesos son de hombre, yo soy el espíritu santo! Entonces fueron adonde alguien que estaba al corriente de esas cosas. Les dijo que eran huesos de caballo. Marcela Cecilia se confundió tanto que se prosternó ante las veladoras con la bolsa en la mano y oró con devoción. Esa noche vio, o soñó, una sombra situada junto a la cama. Era su esposo. Atribulado de cajas de cartón y botellas de plástico, lo vio pasearse alrededor del lecho. En algún momento, él le estiró la mano y fueron hasta el altar donde estaba la bolsa. ¿Qué quieres?, le preguntó. Aunque la sombra no dijo nada, ella entendió. Al otro día, en la mañana, fue al río Medellín. Descendió del bus en el puente de San Juan. Desde una de las orillas arrojó los huesos y entonces pudo dormir más tranquila. Pero la tranquilidad de Marcela Cecilia es una expresión engañosa. Al verla caminar y hablar, se diría que se trata de mujer ecuánime. Poco a poco se entiende que es un huracán contenido. Puede tener sesenta años y es de rasgos negros e indígenas. Esos rasgos que, según compruebo en la fotografía que me pasa, heredó su hija. Marcela Cecilia, además, es baja, regordeta y tiene el pelo corto. Me bastaron unos cuantos minutos de conversación para entender por qué ella integraba el movimiento de mujeres que buscan a sus familiares desaparecidos. ¿De dónde le venía su beligerancia?, le pregunté. En La Comuna, dijo, las milicias me ayudaron a conseguir un rancho. Ellos me caían bien. ¿Y eso?, volví a preguntar. Me protegieron de los vecinos que querían sacarme de allá. Me daban mercados cuando no tenía qué comer. Recuerdo a uno de ellos que se llamaba Marcos. Me regalaba libros para que leyera y fue él quien me animó a escribir. Con Carmenza era cariñoso, pero la guerra con los paramilitares inició y nuestra vida cambió. Como se adueñaron de Belencito, me amenazaron. Me decían guerrillera cuando me cruzaba con ellos. Nunca les respondí. Un día se metieron con mi niña. Se la querían llevar para que les cocinara en un campamento que tenían en San Cristóbal. Inmediatamente empacamos lo que pudimos y nos fuimos. Una comadre mía que vive en Itagüí nos dio posada. Fue una semana antes de Orión. Y es aquí donde Carmenza se presenta como la figura central del relato. Tiene 17 años. Es bonita como las mujeres lo son a esa edad. Para plantearme las dislocaciones de su destino, imagino los ojos de una sierpe. Hipnotizada, Carmenza es atraída por la fuerza de esa mirada. Una divinidad zoomorfa, pienso como para liberarme un poco del guerrero mítico que ha pisoteado La Comuna. En Itagüí, adonde van la madre y la hija por unos días, hay un muchacho que le gusta a Carmenza. Se llama Juan Jaime Pedraza. Es hermano de Sor Janeth y también, con el advenimiento de Orión, han huido. Sor Janeth es miliciana de los Comandos Armados del Pueblo desde que tenía diez años, y a su vez está El Calvo, su enamorado. A este lo capturan los hombres de Don Blas y lo ponen de cebo para atraer a Sor Janeth. Piden ropa para el encierro que se le avecina. Dicen que al Calvo lo tuvieron en una casa de pique. Todo esto fue por La Escombrera. Las casas de pique, sin embargo, pertenecen a otra historia. La de ahora se desplaza hasta la estación San Javier, donde debe aparecer Sor Janeth con la ropa. Pero esta, sospechando la trampa, le solicita el favor a su hermano. Juan Jaime le pide a Carmenza que lo acompañe. Carmenza acepta y primero llama por teléfono a su madre. Marcela Cecilia, que es un territorio asediado por las corazonadas, se niega

a dejarla ir. No se vaya por allá, mi niña. Carmenza, precisa Marcela Cecilia, me obedecía y colgué confiada. Pero esta vez la hija desobedeció. Y, como en las fábulas medievales, las niñas desobedientes que se aventuran por parajes peligrosos son devoradas por el ogro. Alguien contó que en la estación del metro los dos adolescentes dieron la bolsa con la ropa. Al no ver a Sor Janeth, los paramilitares los capturaron. Primero agarraron a Juan Jaime. Como Carmenza preguntó qué pasaba, también se la llevaron a ella. Marcela Cecilia entró a la casa de Itagüí al finalizar la tarde de ese viernes. Esperó a su hija varias horas. De pronto, un llanto incontrolable la invadió. Lloró hasta las dos de la mañana. Luego, agotada, se durmió. Tuvo sueños enrevesados. Uno de ellos lo recuerda porque fue recurrente en esos días. Marcela me lo contó en la cafetería del Parque Berrío. En él repta la serpiente que mencioné. Una culebra enorme que, de súbito, se detiene para mirar a ambas. Marcela Cecilia baja los ojos. Le ordena a su hija que haga lo mismo, pero Carmenza no le hace caso. Mira al animal y este se la traga.



Y estaban los enfermos. Quienes padecían problemas de crecimiento. Aquellos que no oían ni hablaban bien. Los medicados por los ataques de un mal y de otro. Cuando veo la fotografía de Julián Alfredo Acevedo Montes se me oprime el pecho. Es un chico de catorce años. Parece estar montado en un caballo, pero el animal no se ve. El niño está con una camiseta en la que hay estampado un personaje de *La guerra de las galaxias*. Las manos de Julián Alfredo toman unas bridas y detrás hay otro niño. Este tampoco se ve completamente. Apenas un par de manos que surgen de atrás para agarrarse de la cintura del jinete. He dicho la edad. Pero si no estuviese marcada en la ficha, pensaría que Julián Alfredo tiene menos de diez años. Los ojos son oscuros como su cabello grueso. El aire que flota en su figura es el de la ausencia. No la que padecerá su cuerpo, sino aquella que se refiere al brillo de sus ojos. A los episodios de ausencia que tenía Julián Alfredo Acevedo les dicen autismo. Su mamá, sin embargo, no le pone atención a esa palabra. Yo la pienso, pero no la pronuncio. Es esta condición la que la empujó a decir, durante la visita que hice a su casa de las Independencias Dos, que era su angelito caído en desgracia. La de Julián Alfredo Acevedo es una de las desapariciones más aberrantes. La madre estaba con sus tres hijos. Julián Alfredo era el mayor. Los otros dos, apenas unos chicuelos. Ella fue a la cocina a preparar la comida. Estaba montando un arroz cuando escuchó el revuelo que venía del comedor. Consideró que era una pelea de hermanos y gritó que se calmaran. Los dos niños entraron a la cocina. Pálidos y llorosos, contaron. Dos encapuchados habían entrado a la casa por Julián Alfredo. ¿Quiénes pudieron ser? La mamá me dice que si hay un misterio, un misterio capaz de robarle toda la entereza de su ánimo, es la identidad de

esos dos hombres. Pero en las oficinas adonde ha ido le han hecho un diagnóstico. Como en las Independencias Dos, por aquellos días, el Bloque Cacique Nutibara acababa de instalarse, el funcionario del Estado dedujo que los hombres pertenecían a ese grupo. Pero la madre no cesa de preguntarse: ¿qué clase de seres humanos son quienes pueden robarse a un niño con retraso mental? ¿Para dónde se lo llevaron? ¿A hacer qué con él? No sé si ella tiene alguna respuesta a sus interrogantes. No lo creo cuando la veo llorar frente a la fotografía de su hijo. Pero yo evoco una vez más los Falsos Positivos. Esa medida del plan de seguridad democrática que dejó tras de sí un mandato presidencial nauseabundo que muchos siguen celebrando. Aunque no digo nada. Soy incapaz de interrumpir el llanto de una madre inconsolable. Mi niño no podía hacer casi nada solo, dice. Me ayudaba a veces en el puesto de dulces que tengo en la calle. Estaba yendo a la escuela. Ese año cursaba segundo de primaria, pero tenía dieciséis años, y leía y escribía más o menos bien. La madre dice que todo lo aprendía tarde. Aprendió a caminar a los seis. A hablar a los ocho. A comer solo a los diez. A distinguir las letras y los números a los doce. Finalmente, me entero de algo que también me constriñe el corazón. Julián Alfredo rezaba a lo largo del día. La madre le aconsejaba rezar solo al despertarse y al dormirse. Pero el niño no le hacía caso y se ponía a bisbisear las oraciones. Un día le mostró sus manos. En cada uno de los dedos se había hecho pintar una cruz. La mamá le preguntó de quién eran esos dibujos. Él mencionó un nombre que ella distinguió en la vecindad. Con los días los tatuajes fueron celebrados no solo por Julián Alfredo, sino por su familia y por quienes los veían. Esperaban, o al menos este era el caso de la madre, que las cruces protegerían a su portador de todo mal y peligro. **U**





LOS GUERREROS
VAMOS LIBERAR
Y EN PAZ

Luis Velazquez
Desaparición: 07.01.2001

Desaparición: 01.01.2002

Juan Carlos Jimenez Vazco
Desaparición: 22.01.2001

Hector Guillermo
Gomez Mazo
Desaparición: 27.01.2000

VANESSA
GONZALES QUINTERO

Cesar Augusto
Lomas Colpea
Desaparición:
19 Julio 2005

Carlos Mario Llano
Desaparición: 24.07.1998

Neslor Casa Ro
Desaparición: 19.0

Alejandro Segura
Desaparición 26 de
2002

to familia te esta creyendo
Isela Ojeda
Lopez George
Desaparición:
14 Agosto Del 2000

Mario Marin Marin
Desaparición: 03-10-2002

Rios Sanchez
Desaparición: 16-02-2001

Humberto de
Zapata Ca
Desaparición: 14